

por exigencias editoriales, ó por otros motivos menos literarios, pervierten y vulgarizan un género que se les antoja fácil porque no han llegado á conocerle. De los cuentos libres y picantes, que tan desdichadamente abundan, no hay para qué hablar en un libro serio, como no sea para levantar la voz contra las segundas intenciones ó la desembozada lubricidad, que los convierte en obras de propaganda antisocial y antiartística.



## CAPÍTULO XVII

LA POLÍTICA Y LAS LETRAS DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN  
DE 1868

—  
Cuadro sintético de la historia contemporánea.—El libre pensamiento y la democracia.—Las discusiones del Ateneo.—El periodismo.—Últimas modas en literatura.

**L**AS condescendencias peligrosas con el espíritu revolucionario, mal compensadas por la tardía represión que inútilmente ensayaron los últimos ministros de doña Isabel II, bastan á explicar cómo se desbordó la lava del volcán formado por los odios y las pasiones de partido, y á los antiguos pronunciamientos y á los motines de cuartel sucedió la tremenda crisis de 1868, cuyos resultados no previeron sus mismos adalides. Así que desaparecen de la escena el prestigioso valor de Narváez y el maquiavelismo de O'Donnell, toman cuerpo los fantasmas apocalípticos soñados por la intuición de Aparisi, se oye avanzar medroso el rumor de guerra y exterminio, y cruje en sus cimientos el aportillado edificio de la Monarquía española, cada vez más indefenso desde el día en que dió entrada á las libertades sin Dios.

El desgobierno imperante que desde el triunfo de Alcolea, con diferentes matices y formas, sólo atendió á halagar bajas pasiones é instintos populacheros, al

par que amordazaba á los defensores y representantes de la verdad religiosa y del orden social, no debe considerarse como paréntesis aislado en la historia de la España del siglo XIX, sino más bien como realización de ideales nebulosos y no bien definidos, por los que lucharon muchos hombres que hubiesen de ellos renegado conociéndolos mejor; como remate de una cadena cuyo primer eslabón fué el Código de 1812, y como principio de la nueva era en que el liberalismo y la democracia anticristiana se exhiben con su genuina faz, sin disimulos vergonzantes ni farisaicas hipocresías.

Comenzada la obra de demolición por las Juntas revolucionarias y el Gobierno Provisional de Serrano, que inauguró sus funciones en 4 de Octubre de 1868, proseguida por las Cortes Constituyentes del 69, por los ministros responsables de D. Amadeo, por los cuatro Presidentes de la República destituídos en menos de un año, y por la nueva Regencia del Duque de la Torre, no hubo ley, ni derecho, ni institución de antiguo origen, contra que no atentase la furia de los legisladores ó de la plebe. De haber continuado mucho tiempo el vandalismo de abajo y la aquiescencia de arriba, nuestros monumentos artísticos serían un montón de escombros, las costumbres y tradiciones de nuestros padres recuerdos confinados al panteón de la historia, y España entera aquel presidio suelto de que hablaba, no sé si proféticamente, O'Donnell.

El empuje de la reacción política y religiosa igualó en intensidad al de la anarquía. El pueblo creyente y pacífico, que veía vulnerados sus sentimientos y afecciones más profundos, saqueados oficialmente los templos, escarnecida la Religión, atropellada la dignidad sacerdotal, reconocido legalmente el concubinato, entronizado el desorden, inerme la justicia, protestó con ira contra aquel estado de cosas y se agrupó en torno de la bandera que simbolizaba el regreso á la tradi-

ción. Ingente muchedumbre de jóvenes bisoños, convertida de súbito en ejército formidable, luchaba en las provincias del Norte, en Valencia, Aragón y Cataluña, no por la adhesión á una persona ó á una forma de Gobierno, no por intereses egoístas, aunque puedan contarse muchas excepciones en este sentido, sino por necesidad imperiosa de represalias, por instinto de conservación moral, por aversión á las ideas innovadoras, de las que había recogido España tan abundante cosecha de lágrimas y sangre. Tal es la genuina significación del alzamiento y de la guerra carlistas, á los que se adhirieron activamente ó con la simpatía, además de los veteranos de la primera guerra civil, numerosos exdefensores de la destronada hija de Fernando VII, ministros, generales y escritores, y el núcleo de una gran parte de la clase media y de toda la población rural. En aquellos días de pavorosos y supremos combates, no quedaban más que dos campos: el de la Revolución y el de Carlos VII.

El grito de Sagunto proclamando Rey de España á D. Alfonso (29 de Diciembre de 1874) vino á calmar exterior y materialmente la tempestad; la guerra civil fué decreciendo con rapidez á pesar de algunos recrudecimientos parciales y momentáneos; el nuevo trono constitucional se afianza, no tantó por sí como por la impotencia de los partidos extremos, y por el concurso de los elementos revolucionarios que se proponen realizar al amparo de la Monarquía lo que no pudieron conseguir cuando eran dueños del mando.

Fortuita ó deliberadamente, la Restauración se ha encargado de consolidar las conquistas de los principios democráticos y prepararles el terreno para una victoria definitiva. El cambio de Gabinetes, presididos por Cánovas ó Sagasta, representa las oscilaciones de retroceso ó avance, que, en definitiva, siempre concluyen por la admisión de una libertad más, ora de conciencia, ora de la cátedra, ya permitiendo la propagan-

da de club y de periódico, ya ampliando la ley del sufragio universal.

Corolarios prácticos de semejante laxitud van siendo la difusión rápida de toda clase de ideas disolventes, el descrédito del principio de autoridad, el caos individualista que invade las esferas de la vida pública, las divisiones y subdivisiones atomísticas de los partidos, y principalmente la disminución progresiva del sentimiento religioso y del sentimiento monárquico. Por la misma suavidad de formas con que se efectúan los cambios más radicales en el organismo del Estado, no se dejan ver tan á las claras como cuando se pretendió imponerlos violentamente y sin medidas preparatorias; pero, retrogradando un poco con la consideración, no ya á los tiempos del antiguo régimen, sino á los del reinado de doña Isabel II, ¿á quién no se alcanza que hemos andado mucho y muy de prisa en el camino de las reformas, y que cada día se asemeja menos la España de fin de siglo á la España tradicional?

Tan hondamente arraigaron en la legislación, las costumbres, el arte y la literatura nacionales, así la fe cristiana como el respeto á la realeza, que el liberalismo no se atrevió desde luego á combatirlos de frente, é ideó monstruosas amalgamas, transacciones hábiles, para ilusionar á los incautos y hacer viables á la larga los funestos dogmas del 93 en la patria de San Fernando. La unidad católica y la legitimidad monárquica obtuvieron la sanción más ó menos explícita de las diferentes Constituciones que se registran en nuestra historia hasta el año 1869; los mismos hombres que arrojaron de España á los Borbones anduvieron solícitos en busca de un Rey de comedia, deparado al fin por la Casa de Saboya. De los ensayos de República conservan los españoles recuerdos amarguísimos y luctuosos, que seguramente no inducirían de suyo á repetir las experiencias si no hubiera sido tan imprevisora y desatentada la conducta de los prohombres de la Restauración.

Consentidos por ella, van agigantándose en progresión ascendente la demagogia y el libre pensamiento, y se desbordan impunes en la tribuna y en la prensa, en la enseñanza oficial, en los tratados científicos y en las obras literarias. Sobre las ruinas del krausismo pedantesco y bufo se dieron cita todas las aberraciones de la filosofía para erigir de consuno la Babel de nuestra civilización contemporánea, educando una generación descreída que adora en Allan Kardec, en Comte, en Schopenhauer... en Budha y en Mahoma antes que en Jesucristo. A par de la blasfemia culta de las aulas universitarias y de otros centros docentes, cunden en las hojas de *Las Dominicales*, *El Motín* y su numerosa descendencia los gritos de guerra sin cuartel contra la Religión que las anatematiza y el doctrinarismo que las consiente. Calumniar al clero, hacer la apología del puñal y de la matanza de los frailes, embrutecer al pueblo y á los lectores semi-ilustrados, y despertar en ellos instintos de ferocidad salvaje, constituyen el propósito de aquellas publicaciones que, á ciencia y paciencia del Gobierno, se exhiben y pregonan en las calles. A completar este horrible cuadro viene el nefando comercio de escritos en que el impudor y la pornografía especulan con la flaqueza de la juventud, enseñándole los arcanos y refinamientos del vicio, y encenagándola en todas las sentinas de la disolución.

Dígase, no obstante, en honor de la verdad que la tolerancia para con las ideas y las instituciones se ha hecho extensiva á las comunidades religiosas, que en el Profesorado oficial están representadas las tendencias católicas y de orden, ya que lo estén igualmente las opuestas, y que el bien podría manifestarse sin cohibiciones, pujante y fecundo en todas las esferas, si no lo impidieran la desunión y apatía de los que lo defienden.

Me he detenido un tanto á bosquejar el estado político y religioso de España durante el último cuarto

del siglo XIX, porque es indispensable conocerlo en sus líneas generales para apreciar en su justo valor las producciones de nuestra literatura contemporánea, en la cual se refleja con extraordinaria fidelidad. Bien al contrario de lo que aconteció en la época del romanticismo, cuando los poetas, con rarísimas excepciones, volvían los ojos á lo pasado, en vez de interesarse por los transcendentales acontecimientos que presenciaban, y casi todos los géneros literarios solían revestir carácter arqueológico ó idealista; hoy el certamen de la pluma se universaliza, y las creaciones del arte se tiñen con los matices de las convicciones y sentimientos del individuo, y la impassibilidad marmórea, no menos que el divorcio entre la personalidad del hombre y la del escritor, se van haciendo imposibles.

Los focos de irradiación que directamente han influido en la cultura general y en las nuevas direcciones del pensamiento científico y literario (como también en la pedantería y el escepticismo cursi de los sabios á la violeta) han sido los centros públicos de discusión, y los periódicos y revistas.

El Ateneo de Madrid y los de algunas capitales de provincia han formado con sus enseñanzas el criterio y el gusto de nuestra juventud, sometiéndola á indefinida variedad de corrientes doctrinales, desde la católica hasta la positivista. Por lo que se refiere á Madrid, la batalla entre la ortodoxia y el libre pensamiento en las cátedras y las secciones del Ateneo ofrece una desigualdad palmaria, debida al retraimiento sistemático de los tradicionalistas, para quienes la alianza con sus afines del partido conservador constituiría una especie de suicidio político. En cambio el Círculo de la Juventud Católica oyó resonar la voz de oradores, poetas y literatos insignes, divididos por accidentales apreciaciones ajenas al dogma, y entre las que se contaban Pidal y Menéndez Pelayo junto á Nocedal y Navarro Villoslada, Selgas y Liniers, Tamayo y Fernández-

Guerra junto á Gabino Tejado, Antonio de Valbuena, Valentín Gómez y Francisco Sánchez de Castro. Al constituirse la Unión Católica se fraccionó este gran núcleo de fuerzas, convirtiéndose la añeja cuestión dinástica en manzana de discordia y pretexto para acerbadas luchas de carácter personal.

Entretanto los conservadores de pura raza no dejaron de frecuentar el Ateneo que les debió su vida y su fama precisamente en el período de 1868 á 1875, cuando los hombres de la revolución estaban entretenidos con las agitaciones del Parlamento y de las calles, y no tenían humor, según dice Rafael María de Labra, *para las especulaciones tranquilas*. Aparte de algunos profesores como el mismo Labra, Tubjino, Revilla, y hasta cierto punto Valera y Canalejas, el resto de ellos lo constituían Cañete, Rosell, Maldonado Macanaz, Benavides, Vilanova, Bravo y Tudela y el P. Sánchez, dirigiendo la Institución Cánovas del Castillo, y la sección de Ciencias morales y políticas Moreno Nieto. Los discursos presidenciales del futuro jefe del partido conservador (1870-1873) y del último de los oradores citados (1876-1878), coinciden en su fondo conciliador y doctrinario, tal vez favorable á los principios racionalistas, y tal otra á las eternas verdades del Cristianismo.

Después de la Restauración se han planteado en las correspondientes secciones del Ateneo todos los problemas científicos y sociales que agitan la Europa moderna, y se ha discutido, por lo que toca á la Literatura, sobre la decadencia del Teatro español, el estado presente de nuestra poesía lírica en general y la religiosa en particular, sobre el naturalismo en el arte, sobre si la forma poética está ó no llamada á desaparecer, etc., etc.

Desde el año 1884 cuenta el Ateneo con casa propia y acrece en vitalidad, de que ha hecho ostensible alarde en publicaciones como la serie de conferencias históricas acerca de *La España del siglo XIX*, se-

rie forzosamente desigual, pero que contiene unos pocos trabajos brillantísimos. La misma desigualdad se echa de ver en las veladas literarias, en las que alternan verdaderos poetas con rimadores pedestres. Sin embargo, ninguna institución análoga puede rivalizar con el Ateneo en la importancia de sus tareas, ni en la exterior engendrada por el aprecio y la atención del público.

La prensa periódica en su última etapa ha coadyuvado también poderosísimamente á la difusión de todas las doctrinas y al sostenimiento de causas é intereses encontrados.

Con la revolución de 1868 surgió, como para ser su verbo en el orden intelectual, la *Revista de España*, que todavía dura después de pasar por algún eclipse, aunque sin el prestigio de otros días. Seis años después de la precedente apareció la *Revista Europea*, publicada por los editores Medina y Navarro hasta el 1880, y en la cual, lo mismo que en la *Contemporánea*, de D. José del Perojo, se insertaron infinitas traducciones alemanas, inglesas y francesas como medio de propagar toda suerte de teorías exóticas. Perojo se proponía dar el golpe de gracia al krausismo y entronizar la escuela neokantiana, que á muchos renegados de la de Sanz del Río sirvió de puente para dar consigo en la positivista, según aconteció, por ejemplo, á Manuel de la Revilla, tan insigne crítico como voluble é insignificante merodeador de la ciencia filosófica. La *Revista Contemporánea* pasó á ser propiedad de un personaje conservador, D. José de Cárdenas, y conservadora es actualmente su Redacción, de la que forman parte el distinguido ingeniero Rafael Alvarez Sereix, el catedrático del Instituto del Cardenal Cisneros Soler y Arqués, y otros escritores de la misma procedencia, salvo algún intruso enemigo de la Religión y la Sintaxis, como el orondo extremeño Nicolás Díaz y Pérez.

*La Ilustración Española y Americana*, que sucedió

en 1870 al *Museo Universal*, ha llenado su texto con las producciones literarias de cuantos escriben en la Península y en Ultramar, desde los maestros indiscutibles hasta los aprendices del montón. La *Revista Hispano-Americana*, nacida en 1881, disfrutó una primavera brillante pero efímera.

Por su carácter predominantemente ameno se distinguen ahora *La España Moderna*, que se inició en 1889, y el *Nuevo Teatro Crítico*, que por sí sola redacta doña Emilia Pardo Bazán.

Contra el espíritu más ó menos libre y heterodoxo de las antedichas publicaciones han luchado los católicos, no sólo insertando en ellas artículos de sana tendencia, sino fundando *La Defensa de la Sociedad*, dirigida por D. Carlos M. Perier en sentido algo liberal, *La Ciudad de Dios* y *La Ciencia Cristiana*, para las que logró reunir D. Juan M. Orti y Lara una pléyade lucidísima de escritores, sobre todo para la última, iniciada en 1877, y herida de muerte por la funesta excisión de integristas y mestizos; *La Ilustración Católica*, la *Revista de Madrid*, órgano de la Unión Católica, la *Revista Agustiniiana* (hoy *La Ciudad de Dios*), que cuenta once años de holgada y próspera existencia, la *Revista Calasancia*, que dan á luz los Padres Escolapios, etc.

En provincias no pueden registrarse publicaciones de verdadera importancia: las de Barcelona, si se exceptúan las consagradas á fomentar el movimiento catalanista, como *Lo Gay Saber* y *La Renaixensa*, se reducen á *La Ilustración Ibérica*, *La Ilustración Hispano-Americana* y *La Hormiga de Oro*, que, como *La Revista Popular* y *Dogma y Razón*, se mueve sólo en el círculo de la propaganda religiosa; la *Revista de Valencia*, fundada en 1881, refleja con exactitud el movimiento intelectual de la ciudad del Turia, lo mismo que el ya finado *Museo Balear* recogió en sus páginas las más olorosas flores de la literatura mallorquina. Podría alargar este catálogo de publicaciones regionales ci-

tando otras varias como *La Ilustración Gallega y Asturiana*, la *Revista de Asturias*, etc.; pero me creo dispensado de hacerlo en gracia de la brevedad.

Por idéntica razón me abstendré de penetrar en el dédalo de la prensa diaria de Madrid. Además, todo el mundo sabe que *La Época* y *La Iberia* son los dos órganos respectivos del bando conservador y el fusionista, y mantienen la misma política, poco más ó menos, que antes de la crisis de 1868; que *La Fe* continúa las tradiciones de *La Esperanza*, que *El Siglo Futuro* se creó para sustituir á *El Pensamiento Español*, y, después de predicar la intransigencia carlista, se separó del partido de este nombre, fundándose con tal motivo, por orden de D. Carlos, *El Correo Español*; que *La Correspondencia* y *El Imparcial* son los dos periódicos de mayor circulación en la Península, siguiéndoles de cerca *El Liberal*, republicano independiente; *El Globo*, de Castelar; *El Resumen*, *El Heraldo de Madrid*, *El Correo*, *La Unión Católica*, *El Movimiento Católico*, etc.

El cúmulo de ideas y sentimientos infiltrados como sangre nueva en el organismo de la Literatura por la marcha de los acontecimientos políticos, por las últimas variaciones de la ciencia, y por los vientos de la discusión hablada ó escrita, serena ó tempestuosa, no cabe en los estrechos moldes de una síntesis rápida y superficial. Baste á mi propósito advertir que la era contemporánea es de combate, y que en las letras se preocupa más con el oleaje diario de la vida, y los intereses palpantes de la actualidad, que con las visiones y los recuerdos de lo pasado.

En la lírica se irguió la musa de Núñez de Arce para anatematizar los crímenes y horrores de la demagogia en triunfo, y congregó al derredor de sí á otros poetas menores, no todos identificados en el fondo con su modelo. La Religión, el patriotismo, el amor y las aspiraciones eternas del alma han tenido intérpretes

no siempre inspirados que, al recalentar manjares de que ya se encuentra hastiada la generación presente, dieron origen al descrédito de la forma poética, y al reinado, dispuesto por muchas más concausas, del análisis y de la prosa.

En el Teatro penetró el realismo á medias y en compañía de las exageraciones románticas, todo ello personificado en el turbio aunque poderoso genio de Echegaray, cuya razón busca lo verdadero con ansiedad febril, mas cuya fantasía desordenada sólo se mueve á gusto en el alcázar de hermosas mentiras y espléndidos delirios calderonianos. Las imitaciones de Echegaray, Ayala y Tamayo, y de los modelos de la época romántica, constituyen, junto con el género familiar y bufo, las principales direcciones de nuestra novísima literatura dramática.

Pero el ejemplo de Francia y el impetu irresistible de la moda han dado á la novela el cetro de que hacía siglos estaba desposeída, y la representación de las creencias religiosas, de las aspiraciones reformistas y del gusto general dominante, á la vez que la crítica, cansada de mirar hacia atrás, asumía el papel del magisterio con sus responsabilidades, tratando de dirigir la opinión del público y de los mismos autores.

